

REFLEXIONES SOBRE LA ENERGIA Y EL PARO

Fernando MARTINEZ GALDEANO

“Para muchos especialistas, el fin de la ola de prosperidad de la posguerra en los países industrializados se relaciona con los primeros aumentos del precio del petróleo de fines de 1973, y sin duda alguna es un hecho que en 1974-1975 se registraron las más importantes reducciones del PNB en los países desarrollados desde el período 1929-1931. Pero actualmente el examen retrospectivo de aquellos fenómenos muestra claramente que desde los últimos años sesenta los países industrializados tropezaban con dificultades cada vez mayores en materia de inflación y desempleo, lo cual hace pensar que no debe atribuirse enteramente a la crisis de la energía la explicación de los problemas planteados en los últimos años setenta”(1).

Hasta hace poco los políticos habían descubierto en el elevado precio del petróleo un “chivo expiatorio” de todos los males que afligen a nuestra sociedad. De ordinario, los economistas han sido más cautelosos, a menos que se sintieran comprometidos con las políticas de sus respectivos gobiernos. Cuando los precios reales de los crudos están bajando (1981-1982), lo cual también aconteció antes (1976-1978), la solución al problema inflación-desempleo no emerge con tanta claridad y sencillez. La tensión y el trauma persisten. ¿Por qué los dirigentes máximos de los siete grandes países industriales no comunistas callaron en Ottawa (julio 1981), después de haber hablado más de la cuenta en Venecia (junio 1980)? Ya no se puede se-

(1) Geoffrey RENSHAW, *Empleo, comercio internacional y cooperación Norte-Sur*, Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra 1981, p. 26.

F. MARTINEZ GALDEANO

guir echando la culpa a la OPEP y todos los asistentes saben que los Estados Unidos son en buena medida los responsables originales de la crisis, pero esto no parece prudente proclamarlo oficialmente por "razones de Estado". Sin embargo, en la última reunión de Versalles (5-6 junio 1982), con un aumento de más de cinco millones de parados (OCDE) desde la realizada un año antes (Ottawa), Centro-Europa ya se atreve a señalar al Sistema Monetario Internacional como problema básico (2).

Dando por supuesto que nuestra situación recesiva tiene raíces profundas y extendidas, vamos a centrar ahora nuestra reflexión acerca del mecanismo que transmite el impacto de los precios del petróleo en la creación y multiplicación del desempleo. De este análisis económico llegamos a la conclusión de que la solución razonable del problema energético es prioritaria, pero no consiste tanto en producir más, sino en consumir menos. "La conservación de la energía no sólo puede lograr la reducción del consumo energético por unidad de producción o calidad de los servicios, sino que además puede ser factor de crecimiento económico. La conservación implica perfeccionamiento e innovación de la tecnología, lo cual ha de proporcionar puestos de trabajo y desarrollo económico" (3).

EFFECTO EN LA BALANZA DE PAGOS

Antes que nada hay que advertir y subrayar que la problemática socio-económica penetra en los países que participan de la economía occidental de mercado, convirtiéndose en internacional. La interdependencia de los hechos económicos decisivos enmarca y conforma las economías nacionales jerarquizándolas en más o menos dependientes o periféricas. Cada vez menos puede un país impedir el influjo "fatal" de las fuerzas externas. El "mercado" ha venido a ser transnacional, aunque quienes traten de manipularlo conforme a sus intereses sean los poderosos, tanto gobiernos como corporaciones, las calificadas benévolamente de multinacionales. Como centro de poder, por ejemplo, la política norteamericana determina la emisión de moneda internacional y su precio, que condiciona las tasas de interés mundiales. De esta forma, sus déficit presupuestarios repercuten en el resto de los países.

Un primer efecto del alza en los precios del petróleo se observa de forma directa e inmediata en las balanzas comerciales de los países contrapuestos, exportadores e importadores. Sin embargo, a través del reciclaje de los

(2) Sobre los factores internacionales previos que conducen a la crisis actual, puede verse mi artículo *El petróleo no es la causa de la crisis*, "Revista de Fomento Social", n.º 144 (oct.-dic. 1981) 409-420.

(3) Fernando ALEGRIA, *Conservación y ahorro energético*, "Opciones Energéticas. Energías Alternativas", Secretaría de Estado de Universidades e Investigación, Madrid 1981, vol. II, p. 100.

petrodólares, las balanzas de pagos de los países que los acogen se inflan y sus banqueros los prestan sacando de esta operación una jugosa ganancia. Se agiganta así, todavía más, el sistema financiero privado "multinacional". Aquellos países como España que carecen de una banca privada internacionalmente fuerte y agresiva, no poseen la capacidad de equilibrar su balanza de pagos mediante el propio negocio bancario. Su búsqueda de solución se orientará a corto plazo hacia el endeudamiento en moneda extranjera, una política exportadora más dinámica y una devaluación real en el tipo de cambio (flotante).

Si examinamos la realidad que se esconde en las cuentas comerciales entre países, podemos caer en la cuenta que tras el brusco ascenso de los precios del petróleo, una considerable riqueza ha pasado de unas manos a otras. "La primera oleada alcista, la multiplicación por cuatro de los precios en 1973-74, ha subido la factura neta de las importaciones petroleras de los países de la OCDE de unos 35.000 millones de dólares en 1973 a algo más de 100.000 millones de dólares en 1974. La segunda serie de aumentos a su vez ha incrementado el coste de las importaciones petroleras de los países de la OCDE en algo así como un 2 por ciento del PNB de la zona, elevándolo de 140.000 millones de dólares en 1979 a unos 290.000 millones de dólares en 1980" (4).

Cuando hay que pagar más por un producto importado, el país se empobrece en favor del extranjero. Sólo un aumento de la productividad podría evitar esta pérdida de riqueza. Así lo entendió Japón que ha sido el país que más en serio enfrentó la crisis.

Una transferencia de riqueza de un 2 por ciento del PNB desde los países industrializados hacia los de la OPEP, significa en este caso una recuperación en favor de ésta, de los términos reales de intercambio. Durante más de dos décadas (1951-1973) el mundo occidental ha estado creciendo y progresando económicamente. (España se incorpora al proceso en 1959, fracasado el intento aislacionista y autárquico.) En ese tiempo, los países del área de la OCDE mejoraron sustancialmente su relación real de intercambio. En los mercados internacionales sólo sus productos industriales y servicios "valían más". La demanda interna de esos países se expansionaba y toda su gente encontraba un trabajo remunerado que le abría el escaparate del consumo y consiguiente felicidad. "Se ha calculado —escribe el profesor Fuentes Quintana— que los países del área de la OCDE contabilizaron como promedio entre un 20-25 por ciento de ganancia relativa en su relación real de intercambio durante esa fase, mejorando así sustancialmente la renta real que permitía a las enriquecidas familias europeas —y más tardíamente a las españolas— sostener una demanda potente, base de sus procesos de expansión" (5).

(4) Simposio parlamentario de la OCDE/AIE, *L'énergie et l'économie*, París, 1981, p. 39.

(5) Enrique FUENTES QUINTANA, *La crisis económica española*, rev. "Papeles de Economía Española", n.º 1, p. 97.

F. MARTINEZ GALDEANO

Esta sociedad moderna de consumo masivo no se edificó impunemente. Sus raíces coloniales alientan su historia. El llamado Tercer Mundo, atado técnica y económicamente a la maquinaria desarrollada industrial, vendía sus productos al precio del mercado incierto que funcionaba en beneficio de los poderosos países importadores. Pero tal situación de codicia y éxito se aproximaba a unos límites poco manejables. En primer lugar, se vino abajo (1971) el Sistema Monetario Internacional. Desde aquellas fechas, las perturbaciones financieras son continuas y la inflación a nivel mundial que venía de lejos se transforma en enorme e incontenible. De una inflación monetaria global, responsabilidad primaria de los Estados Unidos se fue pasando rápidamente a una inflación de costos, ya que ni los sueldos ni los precios de las manufacturas y de los servicios en los países industriales toleraron en aquellos buenos tiempos la menor inflexión a la baja.

LA "STAGFLACION"

A la afluencia de dinero mundial y al despilfarro generalizado del inicio de la década de los 70, no alcanza a responder ni la producción agrícola y alimenticia ni la de materias primas industriales. En la primavera de 1973, los principales productores de alimentos básicos habían incrementado sus precios hasta el nivel tres o cuatro veces superior al de 1970. Es curioso, pero nadie entonces se atrevió a inculpar a los cereales de Estados Unidos de incentivar la inflación de costos. Unos meses más tarde, en octubre, se cuadruplica el precio del petróleo. De forma apasionada, faltos de espíritu auto-crítico, los grandes dirigentes occidentales achacaron al petróleo la crisis que estaba encima y que ellos mismos habían colaborado en desatar.

Había que pagar al exterior una parte de la renta que antes quedaba dentro. ¿Quiénes van a costearla? Las "fuerzas del mercado" resuelven el problema a su modo y trasladan la carga a los más débiles. Los fuertes presionan para mantener e incluso acrecentar sus ingresos reales. Precios y salarios saltaron alegre y precipitadamente hacia arriba. En España, la política de compensación del Gobierno absorbió en gran parte el impacto directo de los precios petrolíferos, aunque no pudo evitar la agudización inflacionaria, dadas las circunstancias de debilidad política (transición), el arranque de la libertad sindical y los mayores precios de los demás productos y manufacturas importadas. En 1974, "puede calcularse que la inflación importada es responsable directa de casi la tercera parte del aumento de los precios españoles. El resto se debe a la inflación contagio y a la inflación auto-inducida, a través de la indexación de los costes salariales". (...) "Los efectos derivados de la inflación, en la asignación de recursos y rentas han sido gravísimos y están condicionando nuestro proceso de crecimiento." (...) "Mientras que el sector terciario ha podido trasladar con gran facilidad el más alto coste de sus insumos a los precios finales, el sector industrial y, de forma tremenda-

mente acusada el sector agrícola-pesquero, han tenido que absorberlos, en detrimento de su renta real." (...) "Esta inequidad es profunda, ya que viene a incidir sobre el grupo socio-económico más deprimido del país, el de los pequeños agricultores autónomos" (6).

Acerca de todo este engranaje tan injusto, comenta a su vez Fuentes Quintana: "Casi siempre aquellos que contestan con eficacia y rotundidad consiguen de la debilidad de los gobiernos, o por su dominio de los mercados, mayores o menores concesiones, pero casi siempre algo, y es esa confianza en el botín la que alimenta y sostiene las situaciones de conflicto. El resultado final es que la suma de esos conflictos parciales o el dominio de los mercados por el poder del monopolio elevan las retribuciones o las condiciones de las que dependen los ingresos de los grupos sociales más poderosos. De esta manera se generaliza la inflación de costes, una característica omnipresente y un factor clave de la crisis actual" (7).

Como la generación de una inflación de costos progresiva se vuelve insostenible por la distorsión, ineficiencia y agresión social que conlleva, la mayoría de los gobiernos de la OCDE se decidieron pronto por la aplicación de políticas deflacionarias de índole monetaria y fiscal. Esto significa un mayor control de gasto público y una reducción de la cantidad de dinero, con el consiguiente aumento del precio del crédito, baja en la demanda agregada (pública) y desvanecimiento de las expectativas de inversión. El coste de financiación a corto plazo sube a niveles difícilmente soportables. Las empresas se endeudan con la esperanza de que la crisis sea más coyuntural que estructural. Esta política de dinero caro introduce un tercer factor decisivo en la inflación de costos. Su repercusión, particularmente en España, dado el bajo nivel de autofinanciamiento de las empresas, alcanza dimensiones demoledoras. La demanda deja de ser solvente. Se retrasan los pagos. Ya no tiene sentido producir más y menos vender más a cambio de nada. También el financiamiento de almacén llega a ser ruinoso. Desaparecen los beneficios empresariales. Conforme a su instinto de conservación, la empresa agobiada procura reducir los costos por alguna parte. Para ella, los únicos posibles serán los salariales. Se suceden entonces las regulaciones de empleo, suspensiones de pagos, cierres, huelgas y quiebras. Se produce primero el desempleo de los trabajadores temporales y extraordinarios. Más adelante, las empresas llegan a pagar y estimular las jubilaciones anticipadas. La oferta joven de trabajo no encuentra ya colocación. El futuro es tan confuso e incierto que incluso con un aumento de la producción en los años 1976, 77 y 78, el desempleo se mantuvo elevado. Coexisten la inflación y el paro. Este fenómeno inexplicable para la ciencia económica conocida recibe el nombre de **stagflacion**. Se refleja visualmente en el gráfico siguiente (8):

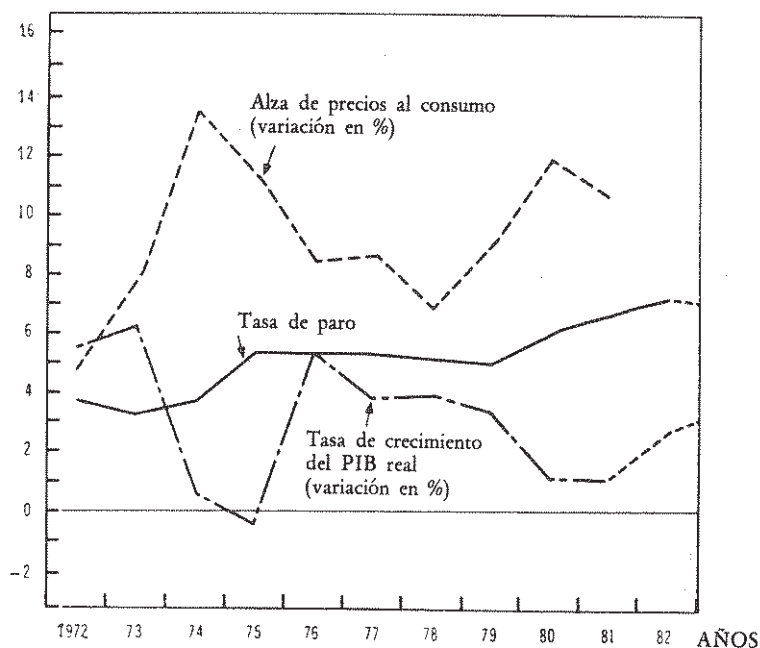
(6) Servicio de Estudios del Banco de Bilbao, *Informe Económico 1974*, Bilbao 1975, p. 84 ss.

(7) Enrique FUENTES QUINTANA, art. cit., p. 105.

(8) Fuente: Simposio parlamentario de la OCDE/AIE, op. cit., p. 45.

F. MARTINEZ GALDEANO

GRAFICO "A"
INFLACION, CRECIMIENTO ECONOMICO Y
PARO EN LA ZONA DE LA OCDE



La inflación en la zona de la OCDE (medida por los precios al consumo) alcanzó la tasa del 13,5 por ciento en 1974 y del 13 por ciento en 1980. En 1978 había descendido al 7 por ciento. Se estima que los precios de la energía contribuyeron en unos tres puntos a la aceleración de la inflación entre 1978 y 1980.

La actividad económica se debilita hasta hacerse negativa en 1975. Sube cinco puntos para ir descendiendo hacia el crecimiento cero. La reactivación esperada (1981-1982) que aparece en el gráfico, aún no se ha producido.

El paro subió en 1975 a más del 5 por ciento de la población activa (cifra superior en dos puntos al porcentaje promedio de 1964-73) y se mantuvo sin bajar a pesar del aumento del crecimiento económico. En 1979, volvió a aumentar hasta el 7,5 por ciento. (Unos 25,5 millones de personas.) Hoy, una estimación próxima al 10 por ciento, no inferior a 30 millones de personas, es aceptada como real.

¿"KEYNESIANISMO MILITAR"?

El triunfo de Reagan en las elecciones norteamericanas responde a la ansiedad y temor de que los buenos tiempos hayan acabado. Con una fe ciega

en la bonomía de las fuerzas del mercado y en una potenciada política armamentista confían los Estados Unidos en volver a ser poderosos y respetados. Sin embargo, la megalomanía del presidente, representativa del país, ha tropezado con una realidad que venía siendo encubierta gracias a la posición privilegiada de Washington. En 1950-51 (guerra de Corea) el índice norteamericano de precios al consumo pasó de menos del 1 por ciento al 7,9 por ciento. Con el esfuerzo para la guerra del Vietnam (1965-67) la inflación vuelve a acelerarse. La gravitación de los gastos militares en los déficit presupuestarios anuales termina por hacerlos inflacionarios, aunque no se moneticen de inmediato, pues en este caso encarecen el crédito. Además, presionan sobre los sueldos y salarios de los técnicos y trabajadores especializados quienes son disputados por las industrias militares. Es más que evidente que tal subida salarial nada tiene que ver con la productividad. Pero el complejo militar-industrial siempre ha menospreciado toda esta problemática. Más bien ha sostenido lo contrario.

Como la "economía de la oferta" no acaba de ser secundada por una política presupuestaria equilibrada debido precisamente a los gastos militares, podría concluirse una vez más que se está aplicando de hecho la recomendación de Keynes de cierto aumento de la inversión y del consumo para restablecer la prosperidad y poner término al subempleo. El economista inglés escribía en 1940: **"El bien puede venir del mal, si los Estados Unidos deciden canalizar sus recursos en la producción de armas"** (9). Efectivamente, el desempleo de los años treinta sólo terminó de verdad con el rearme y la guerra.

Pero nuestra recesión no es similar a la de 1929. En aquellos años se derrumbó la demanda tras una feroz competencia en precios y salarios. El desempleo llegó luego a niveles increíbles, superiores al 30 por ciento de la población activa. Nuestra crisis no alcanza cifras tan negativas y los precios y salarios tienden siempre a subir. Si bien es cierto que el desempleo de los años treinta desapareció gracias al esfuerzo bélico, conviene puntualizar que en el caso norteamericano, había abundancia de materias primas no renovables; que en el caso alemán, se impuso el racionamiento estricto de lo indispensable; que en el caso ruso, todavía perdura la escasez de elementales bienes de consumo. Armas, pleno empleo y bienestar constituyen un conjunto imperial, difícil de conquistar.

En las presentes circunstancias, la preparación para la guerra no produce sino inflación larvada y desempleo con crecimiento económico "cero", una vez aplicados los recomendados antídotos monetaristas que se inyectan para atemperar la masa monetaria. La carrera armamentista impide la agregación de una demanda razonable y daña a la oferta por su tensión salarial, improductividad y agotamiento de recursos no renovables. Ciertamente, la estructura del gasto militar crea puestos de trabajo sobre todo para técnicos de for-

(9) Citado por Emma ROTHSCHILD, *En Estados Unidos el "boom" puede engendrar la depresión*, "Le Monde Diplomatique", ed. en español, abril 1982, p. 18.

F. MARTINEZ GALDEANO

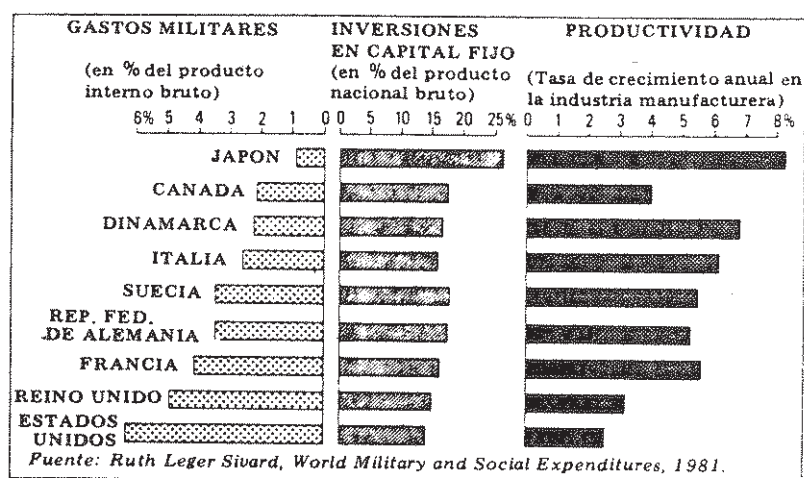
mación científica y obreros cualificados. Pero en los Estados Unidos el paro proviene de la mano de obra no cualificada, particularmente mujeres y negros.

Suele presentarse a la política de Reagan como vencedora de la inflación, ya que su índice anual se ha reducido a un 4,5 por ciento en los últimos meses. La contrapartida aparece en el paro que ha subido al 9,8 por ciento. Y eso que los trabajadores han aceptado en numerosos casos salarios inferiores con tal de conservar su puesto de trabajo. Hoy día, el Sistema de la Reserva Federal (banco emisor) está dirigido por un acérrimo luchador de la inflación. Sin embargo, en los últimos meses se ha vuelto menos rígido y mejor dispuesto al dinero fácil. Muchos temen que vuelva la tensión inflacionaria, tan endémica como el desequilibrio presupuestario de origen guerrero.

El peso del esfuerzo militar sobre la economía es considerable y su impacto sobre las inversiones y organización de la producción puede visualizarse de forma comparativa en el cuadro siguiente (10):

GRAFICO "B"

El peso del esfuerzo de defensa sobre la economía



El Japón destaca por sus indicadores de inversiones y productividad. Los japoneses vienen desarrollando técnicas de producción y trabajo de índole sencilla y barata. Todo lo contrario al estilo armamentista que no mira al costo ni a la complejidad. La tasa de productividad en el Reino Unido y en los Estados Unidos es mucho más baja que en el resto. Ya la administración Reagan ha considerado el problema de la carga militar y pretende que sus aliados (Europa Occidental y Japón) la compartan.

(10) Fuente: Mary KALDOR, *Desviación de la tecnología*, "Le Monde Diplomatique", ed. en español, enero 1982, p. 20.

El "brujo" de Wall Street, Douglas Casey, dice que la crisis de los ochenta pasará a la historia por su gravedad y aconseja invertir en valores y francos suizos. ¡Es el país próspero y neutral por excelencia! Esta anécdota enfatiza la falta de inversión a largo plazo en los principales mercados mundiales de capital. La estrategia francesa propuesta por Mitterrand en la última reunión de los siete grandes en Versalles está centrada en el desarrollo de tecnologías-clave y consiguiente mejora de la productividad (11).

INVERSIONES EN CONSERVACION ENERGETICA

A pesar de que los países occidentales controlaban el 65 por ciento del transporte de petróleo, el 93 por ciento de su refinación y el 100 por ciento de su distribución en productos, se impuso en octubre de 1973 la realidad ineludible de su limitación. Hoy en día, con tasas crecientes de desempleo, acompañadas de una terca inflación, angustiados sin ver una salida a la crisis, todavía soñamos a veces con un pronunciado descenso en los precios de los crudos que nos diera el esperado impulso hacia el crecimiento económico y el desarrollo, como en los tiempos pasados.

Desde aquella fecha algo importante y estructural ha cambiado en nuestro sistema de vivir. La sociedad consumista revisa su posibilidad existencial. Hizo del despilfarro una virtud social y de lo superfluo una necesidad. Pero la escasez petrolera enseña unos límites. "El reconocimiento de estos límites y su clara demarcación constituye un imperativo impostergable. De lo contrario, la sociedad se verá sumergida en la inútil y despilfarradora tarea de crear un futuro inalcanzable. (...) Si la sociedad quiere sobrevivir dentro de los límites a que se verá constreñida en las próximas décadas, debe comenzar a realizar los cambios ahora. Una de las formas más simples de empezar es tratando de eliminar los despilfarros" (12).

Podríamos definir el despilfarro como el uso excesivo de los recursos. La actitud de conservación de éstos le frena al tratar de obtener su mejor aprovechamiento. Entraña, por tanto, un sentido administrativo a largo plazo, es decir, con visión de futuro. Una política conservacionista debe ser previsor y toma muy en cuenta los costos sociales, particularmente los del medio ambiente. Gasta en inversión para gastar menos en consumo. Consigue así un rendimiento en favor del inversor y también del bien general (ahorro-inversiones-empleo). En razón de este último aspecto financiero, una auténtica política de ayuda financiera para proyectos eficaces de ahorro energético es conveniente y necesaria, porque el rendimiento privado de tal inversión ha de aproximarse al del resto de las inversiones y negocios.

(11) Aunque no conocemos todavía el documento de Mitterrand, pueden verse algunas ideas sobre estos aspectos en: Paul TEMPEST, *International Energy Options: An Agenda for the 1980s*, Graham and Trotman Ltd., Londres, 1981, pp. 99-117.

(12) Gerald FOLEY, *La cuestión energética*, Ediciones del Serbal, Barcelona 1981, p. 263.

F. MARTINEZ GALDEANO

En España, la estructura del consumo final directo de la energía en 1976 fue la siguiente:

Sectores	Millones de Tep.	Porcentajes
Industria	24,7	51,3
Transporte	13,7	28,3
Usos domésticos	4,4	9,1
Agricultura y pesca	3,0	6,3
Servicios y otros	2,4	5,0
	48,2	100,0

N. B.: Tep. = Tonelada equivalente de petróleo. Significa el monto de gas, carbón o electricidad requeridas para producir tanta energía como la producida por una tonelada de petróleo.
Fuente: Fernando ALEGRIA FÉLICES, *Conservación y futuro de la energía*, monografía n.º 6, "Energía: Uso racional", Edit. El Instalador, Madrid 1979, p. 17.

Conviene observar que en el cuadro anterior no se incluyen los consumos energéticos "no finales" de la industria del refino (2,2 millones de Tep.) y de la industria productora de electricidad (16,1 millones de Tep.). El empleo de petróleo y gas para producir electricidad es considerado como un gran despilfarro de energía noble.

Son considerables las inversiones que pueden realizarse en la industria, con la finalidad de ahorrar energía y generar empleo en la industria de bienes intermedios orientados a este fin. Según un estudio de la Fundación Ford, publicado en 1975, las posibilidades de ahorro energético con las tecnologías conocidas entonces llegaban al 33 por ciento como promedio en las industrias de mayor intensidad de consumo.

Contraria a la línea que comentamos, descorazona e irrita la proyectada inversión "ineficiente" de PRESUR en Fregenal de la Sierra (Badajoz). Esta empresa constituida para producir pellets de mineral de hierro, ha sido una hechura de la politiquería y caciquismo cerril que manipula a los mineros y sus familiares con el señuelo de crear unos 800 nuevos puestos de trabajo con un desembolso no menor de 17.000 millones de pesetas. Más de 20 millones por cada nuevo empleo fijo. Como el negocio verdadero no consiste en la producción y venta de pellets, sino en la importación, compra y montaje de la planta productora, nadie ignora que a la postre el Estado asumirá tan significativo despilfarro a costa de todos los contribuyentes, directos e indirectos. Este tipo de inversiones, tan del estilo del antiguo régimen, agudiza el problema del desempleo, porque consume mucha energía escasa, porque el sector siderúrgico tiene una capacidad ociosa del 40 por ciento a nivel mundial y nacional, porque detrae cuantiosos recursos financieros que debieran invertirse en forma eficaz y, principalmente, porque corrompe con el engaño a los trabajadores, a los funcionarios, a los técnicos y a la opinión pú-

blica. Es un ejemplo claro de lo que no debe hacerse en los tiempos que corremos.

Respecto al sector transporte, las inversiones en ferrocarril han estado postergadas en favor de la carretera, es decir, de la industria automotriz. Todavía queda por realizar una infraestructura firme y segura con mayor capacidad de carga y velocidad. La electrificación del sistema y la mejora sustancial de su administración y servicio es algo que siempre se promete, se espera y no acaba por llegar. El número de accidentes es un indicador desdichado del estado de postración en que se encuentran vías, cambios de agujas, señalización, estaciones y personal. El ferrocarril electrificado posee una eficiencia termodinámica notable si se aprovecha el calor residual producido en la planta termoeléctrica.

En el capítulo de "usos domésticos", el despilfarro es grande sobre todo en calefacción y refrigeración de edificios. Los costos extras del aislamiento térmico serán siempre inferiores a los ahorros energéticos. El caudal de energía ahorrado a lo largo de 60 años de la vida útil de un edificio devolverá con creces la inversión realizada en aislamiento. La construcción moderna a base de acero y vidrio es un verdadero fracaso bajo el punto de vista de la energía. Hay que volver a diseñar edificios y urbanizaciones conforme a la naturaleza, teniendo en cuenta el curso solar y los vientos dominantes. Todos estos aspectos de la edificación también tienen aplicación en la construcción comercial e industrial.

En resumen, la lista de despilfarros en la sociedad desarrollada es inabarcable y minuciosa. Los grupos de capital han orientado sus inversiones a la producción de energía y su consiguiente consumo. Los técnicos e innovadores han trabajado para ellos. Esto ha de cambiar radicalmente. Hay que invertir para no consumir más de la cuenta, para administrar mejor y para producir bienes y servicios con más eficiencia económica y social. Este capítulo de expectativas para la inversión ofrece la oportunidad de crear numerosos y permanentes puestos de trabajo.

CONCIENCIA PARA LA PUESTA EN MARCHA

A lo largo de nuestra reflexión hemos podido observar el efecto de los precios del petróleo sobre la balanza de pagos con el exterior. El país total se ha empobrecido. Pero la distribución de esta carga adicional dista mucho de haber sido justa. Los más débiles han llevado la peor parte. Aunque la crisis venía de lejos, el petróleo ha "excusado" durante un tiempo la inflación de costos. La política de crédito caro y el alza de los sueldos y salarios reduce drásticamente los beneficios empresariales. Muchos pequeños y medianos empresarios se ven forzados a cerrar sus negocios y talleres. Por su lado, los grandes consiguen créditos privilegiados, tanto de los bancos como del Gobierno. La política monetarista está poniendo al descubierto su incapacidad para salir de la crisis, fracasando en su intento de frenar el gasto militar, cau-

F. MARTINEZ GALDEANO

sa primordial de la gran ineficiencia del sistema económico mundial. No vivimos aislados, ni tampoco protegidos. Somos dependientes.

Como antaño, el petróleo puede ayudarnos a iluminar el camino. Una política de conservación de la energía sería capaz de movilizar numerosas inversiones con el consiguiente aumento del empleo. Aunque individualmente muchas de ellas sean pequeñas y dispersas, no parece difícil que llegaran a crecer en número y tamaño, si se presentan estímulos y se incita al gasto en favor del ahorro energético. Esto va contra algunos respetados intereses, pero vale la pena usar los medios de comunicación masiva para tomar conciencia de la realidad del problema y ponernos en marcha a través de un camino positivo, aunque oculto por la maleza de los insensatos. No se trata de una panacea, pero es algo que no debe dejarse de hacer y tiene futuro. Naturalmente no hay que olvidarse del "resto" necesario a nivel nacional y mundial.

"Las estrategias que apuntan a un mayor bienestar general, —escribe el mundialmente conocido Aurelio Peccei— deberán tener su eje en la realidad de la dotación primaria que significa la Tierra. Y la estrategia de la formación de la riqueza no podrá ser separada de la conservación de tal patrimonio. El valor que contará no será el derivado del coste de fabricación, sino que estará ligado a la utilización de los productos y de sus servicios, por lo que habrá que deslizar el acento hacia su duración. Las actividades que produzcan riqueza, pero contribuyan a destruir aún más el patrimonio natural, estarán creando un valor negativo, o valor deducido" (13).

(13) Aurelio PECCEI, *Testimonio sobre el futuro*, Taurus Ediciones, Madrid 1981, p. 102s.